

HERMOSAS Y JOROBADOS

José Zorrilla 1846

Las dos individualidades de la raza humana de quienes yo más me he esquivado, son las mujeres hermosas de solemnidad y los jorobados de nacimiento. Una hermosura indiscutible, una belleza de punta, la reina de la hermosura, aceptada como tal en la corte, en la provincia, en el pueblo, en la familia, me pone siempre sobre mí al ser presentado á ella; y cuanto más hermosa la veo, cuanto más justa me parece la primacía que goza, más me preparo á defenderme de las relaciones y compromisos sociales que mi posición, mi educación ó mi reputación pueden conducirme á contraer con ella, su familia, sus amigos y sus adoradores, y más esquivo su intimidad.

Lo primero que me ocurre, y es lo más lógico que haya acontecido, es que la madre de aquella hermosísima mujer, viendo desde niña el desarrollo de sus formas y el perfeccionamiento de su belleza, no ha sabido decirle más que ¡qué hermosa eres! ó ¡qué hermosa vas á ser! En la natural satisfacción y en el orgullo natural de verse padres de tan linda criatura, los suyos y suelen no cuidar más que de perfumar y colocar su rica cabellera del modo que más favorezca la luz de sus ojos y el tinte de su tez; de destinar ó economizar, según su posición, la mayor cantidad para ataviarla; de presentarla ántes de tiempo en sociedad; de hacerla, en fin, prematuramente mujer, para verla adquirir pronto el primer puesto que su vanidad paternal cree que merece en los saraos y los convites á que piensan llevarla. Así halagada desde niña, llega esta belleza sin rival al apogeo de su hermosura, al pináculo de su fama, y á los extremos de la admiración y del aplauso, sin haber pensado más que en su personalidad; sin haber fiado su porvenir más que en su imparejable belleza, y sin tener jamás presente, tal vez sin haberlo sabido nunca porque nadie ha tenido la previsión de hacérselo saber, que la más efímera de las cualidades de la mujer es la hermosura.

La mujer hermosa de solemnidad, si adquiere tal vez esa educación de adorno que sirve para brillar en los salones, la música, el baile y alguno que otro idioma no posee ninguno de los conocimientos necesarios al cultivo del corazón, al dominio y dirección de las pasiones, á la práctica de las obligaciones y de las virtudes domésticas que la mujer nace destinada á necesitar, para ser colocada en la suprema dignidad de madre de familia, el que vino á elevarla Jesucristo, y por la cual influye tan directa y poderosamente en las costumbres de las sociedades modernas. La casa, su gobierno, su orden, su economía, su decoro, su honra: éste es imperio de la mujer; y desde el santo trono del hogar honrado da á la patria hijos preparados para ser sabios ó valientes, y á la sociedad hijas dignas de la clase y de la religión en que nacen. La mujer hermosa de solemnidad, Narciso-hembra que no se ha ocupado más que de la admiración de sí misma, satisfecha de reinar en el círculo en que vive, suele tener toda la

altivez, la impertinencia y el exclusivismo de las reinas de nacimiento y de derecho divino, que sólo conocen de sus vasallos á los que vienen á hacerlas adúladoras y servirles zalemas, teniéndose por dignas de todos los respetos y convencidas de que todo se lo merecen. Cuando yo no he podido esquivar el ser presentado á una de estas hermosuras de primer orden, di primissínza cartello y tí perfetta vícenda, he tenido mucha cuenta de mostrarme lo más admirado, lo más absorto, lo más encantado de su hermosura, y he pedido yo mismo su album para librarme de que me le envíen y salvarme cuanto ántes de la tiranía de la belleza soberana, á quien generalmente no he vuelto á ver por causa del asiduo trabajo con que estoy obligado á ganarme la vida, por lo huraño de mi carácter, por mi escaso instinto social, etc. ; en estos casos me guío por la regla contraria á la de los casos de honra, y es que nada me importa quedar mal con ta] de salir bien –y yo creo que salgo bien cuando me puedo salir de cualquier modo del círculo de la influencia de una mujer de única, suprema é indisputable hermosura – y se la recomiendo para modelo á los pintores y escultores mis amigos.

Y vamos á mis jorobados.

Estos asombran y contrístan á sus padres desde que al salir del seno materno presentan á sus ojos aquella deforme desviación de la línea natural de su espinazo. No por esto la madre deja de amar aquella monstruosa, prenda de su amor conyugal; pero ama y acaricia con tristeza á aquel sér á quien está segura de que no han de ver con simpatía sus hermanos, y á quien cuanto p, más crezca más objeto de mofa va á ser entre los niños y sus compañeros, de desden para con los hombres y del desamor para con las mujeres. Por mucho cariño con que sus padres y su familia le traten, por mucha consideración que sus maestros obliguen á tenerle á sus condiscípulos, por discreta y bien educada que sea la sociedad que frecuente, niño, colegial ú hombre, no puede menos de apercibirse de la primera mirada de extrañeza ó de compasión que echa sobre su joroba todo aquel, hombre ó mujer, á quien es presentado; esto en el caso de que no haya tenido que soportar la perpetua befa de muchachos de mala índole y de gentes mal educadas. La tristeza que á sus padres ha infundido su curvatura dorsal, se trasmite naturalmente á su alma, crece entre el cariño inexcusable de sus padres y el respeto forzado de los extraños; pero si la chacota de los mal criados, la brutalidad de los fuertes y el orgullo de los bien hechos le han revuelto continuamente la bilis y han excitado en él las malas pasiones, con cardenales en su joroba y heridas en su amor propio, la primitiva tristeza va convirtiéndose poco á poco en amarga melancolía, en reconcentrada ira y en perpetua sed de venganza.

Las perfecciones que á su cuerpo negó Dios suelen estar compensadas con la lucidez de su entendimiento, la rectitud de su juicio y la perspicuidad de su inteligencia; y estudia y cultiva su espíritu, y se prepara á contrarrestar la fuerza con la destreza, la agresión con la previsión, y á dominar con la inteligencia el atrevimiento de la sandez y de la mala crianza, y á devolver, befa por befa, escarnio por escarnio,

aceptando por enemiga traidora á la sociedad, á quien no va á pode, tener por amiga sincera. Los médicos higienistas suelen aconsejar á su familia cuando es muchacho, y á el cuando llega á hombre, los ejercicios corporales y la gimnasia para robustecer, ya que no para enderezar, su mal acoyunturado cuerpo; y sus piernas y brazos desmesurados, y la concentracion de la fuerza en el espacio desde sus clavículas á su horcajadura, acortado y ensanchado por la doble curvatura de su esternon y de su espinazo, le dan una doble ventaja de longitud y de respiracion en una sala de armas, á más de la fascinacion que ejerce un jorobado sobre su adversario en el terreno de un duelo, de lo cual aduciré despues un ejemplo al completar estas reflexiones con un relato.

¿Dónde hay tormento, ni entre los del infierno y purgatorio del Dante, como el que debe sufrir un corazon noble, generoso, tierno y enamorado colocado entre las costillas y el esternon de un jorobado? Porque yo quiero suponer que una mujer hermosa, jóven y buena pueda aceptar el amor de uno de estos mal contornados individuos de nuestra raza; pero miéntras eljorobado conquista y merece este amor, y despues cuando pasa á ser su mujer legitima, ¿que infierno de dudas, qué cráter de iras no debe de surgir y de fermentar en aquella alma encerrada en aquel cuerpo, ocasion de las dudas, los sarcasmos y las osadías de todos los incapaces de creer en la lealtad y en la dicha de aquella union de la hermosura con la deformidad?

Y una mujer, hermosa o fea, al cruzar las calles ó los salones del brazo ó acompañada de un jorobado marido, ¿cómo no ha de comprender, de atlivinar, casi de leer los pensamientos de todos los circunstantes, los anhelos de los hombres y los hastíos de las mujeres?. Y ¿cómo puede encontrarse en tal situacion un infeliz jorobado sin desear sentir en su diestra un látigo ó un florete para castigar aquellos libertinos deseos, aquellas injuriosas suposiciones y aquellas observaciones infames, hechas á media voz detrás de la seda del clac ó del paisaje del abanico? Y una noble y santa mujer hermosa, que por razones de familia, por salvar la honra de su padre, por accidente posterior sobrevenido al hombre que eligió por esposo, ó por amor verdadero y leal al alma cariñosa y grande aprisionada por Dios en aquella corcol vada humanidad, ¿cómo airostrará en el salon y en la calle la general maledicencia, y la universal y vùlgar incredulidad? Porque ella, por torpe ó despreocupada que sea, no podrá menos de comprender que en nuestra sociedad pretenciosa y vana], descreída y supersticiosa, fisolófica y flamenca, hay miles de imbéciles que se creerán con derecho de erigirse en jueces de sus más íntimos sentimientos y de sus más recónditas sensaciones, y que darán por venal hipocresía su noble sacrificio voluntario, por encubridor de una adúltera concupiscencia su amor sublime, y hasta por ilegítimos los hijos derechos nacidos de su recta union con un jorobado.

Hacen bien éstos en precav erse contra la sociedad: yo los he mirado siempre con compasion y con respeto, y he conocido á más de dos que han hecho temblar á más de dos Hercules, y

arrodillarse á más de dos Antinoos temidos de los hombres y queridos de las mujeres.

— Aún vive tal vez uno perteneciente á una de las más ilustres familias de España, tan prevenido contra los necios y los atrevidos, que ni Cárdenas, ni Valleras, ni Monreal, ni Julian Romea, ni ninguno de los que por los años de 42 al 47 nos preciábamos de tiradores de pistola, pudimos, nó aventajarle, sinó igualarle en seguridad ni destreza; y hé aquí para prueba su tiro de apuesta: colocaba sobre la barra vertical un duro; sobre él dos piezas de dos cuartos; sobre ellas otro duro, y sobre éste otras dos piezas hasta seis duros; y afinando sus tiros por cuartos de bala, levantaba todos los duros sin tocar á los cuartos que los sostenían. Este jorobado llevaba el apellido de la casa de H. , y sobrina ó cercana parienta suya debe de ser una duquesa tan espléndida como buena moza.

Pero por echármelas de observador he divagado apartándome de mi intento, que era un episodio de la historia del jorobado conde de N., que quedará para el siguiente número.

II

Corrian para mí tranquila y alegremente los dias de junio de 1846. Entretenian y abreviaban sus horas los amenos estudios históricos de mi malhadado poema de Granada, y distraian mis noches los para mi nuevos entonces espectáculos de París. Era la primera vez que no tenia que afanarme para buscar mi pan cotidiano, porque los que por mi y mi Granada se interesaban, subvenían decorosamente á mis gastos; y aquellos cuatro meses son los únicos de bienandanza que cuento en los años de mi existencia. Trabajaba durante el día en una obra de mi gusto, por mi elegida é imaginada, y no forzada ni impuesta por editor ni empujamiento; y esparcia mi ánimo desde el anochecer á la media noche vagando por aquellos teatros y jardines, que constituyen el paraíso de los tontos para explotar sus bolsillos, pero en los cuales ha habido siempre un fondo de arte y de poesia, en que se apoya el mundo fantástico de ilusion que brota y fermenta en la atmósfera de la capital de Francia. Entónces como ahora, sobre el cieno social y las tinieblas del vicio, se alcanzaba allíá ver el resplandor del arte y la luz de la ciencia; A porque París es como una arca de doble fondo, como un infierno bajo un paraíso, en donde el tonto entierra vergonzosamente su pasado y su porvenir, su vida y su dinero en la orgia de un inmenso lupanar; pero el hombre inteligente, imagen y semejanza de Dios, extrae de aquel caos, á la luz de la esperanza que alumbra sus vigiliass, su nombre puro y las creaciones encantadoras, y los beneficios humanitarios del progreso de la ciencia y del arte.

Habiame venido recomendado de Bordeaux, por amigos valiosos de mi padre, un español emigrado, mozo y rico, calavera y carlista, á quien su padre, amigo del mio (y como él adherido en cuerpo y alma al primer D. Carlos Pretendiente y segundo Carlos V de España), pasaba fuertes mesadas, para que en la emigracion se mantuviera y no pensara en volver á Navarra, su patria, donde galanteos extremados y rivalidades politicas le

habian hecho héroe de extremadas fechorias y de mal olvidados desafueros. Llamábase Fermin (sin apellido en este relato); tenia el grado de coronel en el disuelto ejército absolutista, veintinueve años, un cuerpo robusto y un bolsillo repleto; con lo cual llevaba consigo el tesoro inagotable de la alegría de la juventud y la osadía farfanta del militar rico. Su padre era un opulento hacendado, y él un buen mozo, con todos los defectos y las pretensiones de un chico mal criado un poco adelantado con las mujeres y un algo más atrevido con los hombres, pero de un corazón excelente y de una arrogancia capaz de recibir consejos pasada la exaltación primera, que daba siempre lugar a la reflexión. Tal era mi Fermin: y tal como era, era un compromiso viviente, y el andar continuamente con él un continuo riesgo de meterse en un berengenal, y con efecto, dimos en uno por fin.

Un doctor, Delmas Hippolite, de quien hablo en otro lugar, médico francés que conocía su París al dedillo, nos acompañaba de día las horas que su profesión le dejaba libres, todas las tardes a comer y algunas noches hasta no muy tarde, porque no era trasnochador.

Comíamos a escote, condición francesa que había puesto Delmas, que era un hombre muy delicado y pundonoroso, y comíamos donde la hora de comer nos cogía; en la barrera Rochechouard o en el bosque de Boulogne, en San German o en Versalles, en el boulevard Beaumarchais a dos francos, o en el de los Italianos a dos lises. Fermin, que acostumbrado al vino navarro de las bodegas de su padre, bebía como limonada el Bordeaux, no se embriagaba nunca, pero se excitaba siempre; porque como rico y pretencioso, quería regalarnos diariamente con una botella de Sillerymousseux, que era el Champagne que prefería.

Empezábamos la tarde nuestra comida, en el último saloncito de cuatro mesas del Café Inglés, delante de una ventana que sobre el boulevard de los Italianos se abría. Delmas, celoso del buen crédito de los viñedos franceses, había ido haciendo probar a Fermin, los de esos vinos no famosos, pero con razón apreciados y con delicia bebidos por los burgueses parisienses, y gustaba Fermin saboreándose un viejo llioul-in-zi-vent que por primera vez le presentaba el doctor, cuando una ligera briska tirada por dos bayos húngaros vino a pararse y a echar ante la puerta del restaurant a la más hermosa mujer que hasta entonces habían visto mis ojos, acompañada de un caballero vestido de negro, en quien no tuvimos tiempo de fijarnos, atraídos y absortos por la belleza de aquella femenil aparición.

Mientras el doctor observaba doctoralmente que en París se veían las más hermosas mujeres del universo, y mientras Fermin y yo contemplábamos aquel perfectamente emparejado tronco de bayos-lobos, dignos por su finura y gallardía de su incomparable propietaria, entró ésta en el aposento, haciéndonos volver a mirarla con el rumor de la crujidora seda de la falda de su vestido y el suave perfume de que impregnó el ambiente al atravesar la estancia, para ocupar la mesa del rincón del fondo opuesto al nuestro de la ventana. No debió

ella extrañar, ni de notarla dió muestra exterior, nuestra insistencia en admirarla, acostumbrada como debía de estar á ser admirada; ni el extraño compañero que traía se dió por entendido de nuestra insistente admiración, ni pareció comprender las altas y demasiadamente claras palabras con que su admiración manifestaba mi compatriota Fermin. La educación nos hizo á Delmas y á mi coartar nuestra ya inconveniente manifestación admirativa; pero Fermin, con la presumida petulancia de buen mozo y de valiente, comenzó á flecharla sus asesinas miradas, y á decir en castellano lo que á la boca le venía en pro de la hermosísima recién llegada y en contra de su compañero, en quien no podíamos menos de reparar al fin, y formaban, en verdad, ambos la más desparejada pareja del mundo. Era ella alta y esbelta, y de al parecer correctísimas proporciones. Su busto escultural, flanqueado por dos brazos de intachable dibujo, sostenía sobre su gallardo cuello una cabeza de juno, coronada de una abundante cabellera; cuya mata central sujetaba en su vértice una peineta condal de puntas perladas, y cuyos rizos orlaban abundosos sus sienes, serpeando en bucles sobre sus hombros. Cortaban su frente despejada y nacarina dos cejas tan finas como espesas, y entre sus párpados, rematados en ricas y largas pestañas, se movían dos pupilas turquies, tras de las cuales brillaban dos chispas de la luz del paraíso.

El que la acompañaba, y de quien sólo veíamos el escorzo de la cabeza, con su oreja derecha, el pómulo saliente de su mejilla y su diestra mano, que manejaba el cuchillo con notable distinción, trinchando con admirable destreza, era un hombre de cuya estatura y conformación completa no se podía juzgar, porque desfiguraba su dorso una joroba, no descomunal ni dislocada, pero suficiente para desencajar el más proporcionado conjunto de humano individuo.

Vestía todo de negro, rebosaban sus movimientos aristocrática distinción, apoyaba sus piernas con seguridad en el pavimento, sus piés enjutos estaban primorosamente calzados, y la mano que veíamos era larga y huesosa, pero fina, blanquísima, y de cuidadas y acanaladas uñas. Parecía, en suma, un hombre perfectamente educado y correctamente vestido, pero cargado por la naturaleza con una joroba que envilecía la nobleza de su representación personal. La mujer nos daba la cara y el jorobado la espalda, mejor dicho, la joroba; a uno y otro hablaban francés con el criado, y alemán entre sí; lo ménos y lo mejor que de ambos dijo en español mi desatentado Fermin, fué que ella era una ondina escapada de una laguna helada de Escandinavia, y él el Gnomo que la guardaba; porque la hermosa permaneció fría é impasible á todos los avances del desatinado Fermin, y sordo el jorobado á sus ya casi: insolentes y provocadoras palabras.

Ellos tomaban en su mesa una especie de tente en pié, preparativo para más tardía comida, compuesto de unas pequeñas codornices asadas y una multitud de golosinas, regadas con una botella de Ksenisberg, cuyo empolvado vidrio y cuya colocación cuidadosa en una salvilla de plata acusaban derechos á una respetable antigüedad. Nosotros hacíamos una formal comida, en

la cual la presencia embriagadora de aquella desconocida y las continuas libaciones del ¿Vouli-n-á-vent, comenzaban á poner la cabeza de mi compatriota Fermin en una exaltacion que veía yo crecer con recelo.

Los dos extranjeros hablaban bajo y en aleman; y nosotros, sobre todo Fermin, alto y en español, que el doctor Delmas chapurraba, aprovechando nuestra compañía para perfeccionarse en él, como buen francés que no perdía rípio.

La hermosa y el jorobado comían serena y pausadamente, sin ocuparse de nosotros: Fermin se desesperaba de que la mujer no se apercibiese siquiera del fuego de sus baterías, y Delmas y yo le suplicábamos sin cesar que se moderase; porque aunque los dos extranjeros no comprendieran una palabra de español, era imposible que no les chocase al fin la entonacion mofadora y provocativa, la impertinencia de su risa y sus miradas, y la infraccion sobre todo del buen tono, que generalmente reina en los establecimientos de primer orden. Trajeron, por fin, el Sillery para nosotros, y la cuenta para el jorobado: destaponó Fermin su botella al tiempo que éste, tomando su sombrero, nos dió la cam para salir del gabinete, mostrándonos la recia contestura de su ancho pecho y la roseta de gran cruz de la Legion de Honor en su hojal; y cuando iba Fermin insolentemente á ofrecer su copa á la imperturbable ondina escandinava, oímos con asombro al jorobado que le decía en buen castellano, aunque con acento francés y con la más desdeñosa sonrisa: "Caballero, aunque la española no es ya una lengua tan comun en Francia como en el tiempo en que no se ponía el sol en los dominios españoles, no debe de hablarse delante de personas á quienes no se conoce, y en ninguna debe decirse lo que Vd. ha estado diciendo, y de lo cual felizmente no ha comprendido una palabra esa señora que ha salido delante de mi, y que es mi mujer. Pero como casi todo lo que usted ha dicho ha sido absolutamente ofensivo para ella ó para mi, aqui tiene usted mi tarjeta y las señas de mi casa, y espero que me dé Vd. la suya, para que si mañana no recibo noticias de V., pueda yo írselas á pedir."

Los cuatro estábamos de pie: Delmas pálido, y yo rojo de vergüenza; pero Fermin, cuya audacia crecía con el riesgo, no cambió su tono chungon al cambiar su tarjeta con el incógnito; y poniéndole la punta del índice en la joroba al darsela, le dijo: "No pase usted mala noche en la incertidumbre; mañana á las doce; porque teniendo tan hermosa mujer se levantará usted tarde, irán estos dos amigos á visitarlo en mi nombre, Y llaga Vd. cuanto pueda, pimpollo, porque no pueda yo ir solo aspirar el aroma que exhala aquel boton de esposa que le dió á Vd. Dios por mujer para condenacion de ella." Tomó el jorobado la tarjeta de Fermin con una sonrisa que me enfrió el corazon: echóse á reir Fermin apurando su copa, y partieron los bayos húngaros arrastrando hácia los Campos Elíseos aquella doble aparicion de Venus y Polifemo, á quien designaba como conde de N... la tarjeta del jorobado.

Tengo para mi que el valor no es más que un exceso de miedo: todo hombre de pundonor es valiente, por miedo á ser tenido

por cobarde; pero hay tanto que decir sobre el valor y los valientes, que si á dilucidar me parara esta cuestion del valor, interrumpiría mi narracion por tiempo indefinido con casi interminable discurso. El P. Mariana no dice de nadie en su historia que fuese valiente: lo que dice de alguno de nuestros grandes reyes ó personajes históricos: " anduvo valiente en tal ó cual ocasion," y creo que dice muy bien el P. Mariana, quien tuvo el valor de escribir lo que hoy no se atreven los más valientes, porque tenía el valor civil, pasivo, sereno, perenne, de conviccion, que dan la fe y la idea, muy distinto del valor irreflexivo, impetuoso, ciego é inconsciente que dan sólo la osadía y la fuerza bruta.

En nuestros países meridionales, en nuestra España particularmente, cuya historia cree el vulgo que estriba sólo en unos cuantos siglos de batallas y trompazos, el valor civil es apenas estimado y pasa casi desapercibido para el vulgo; aqui se cree que no hay más valor que el militar; que el ser valiente consiste no más en estar siempre dispuesto á romperse el bautismo con cualquier prójimo y por cualquier cosa; el tipo, en fin, del valiente es mi D. Juan; tengo yo sobre mi conciencia el haber hecho germinar en nuestra tierra muchos mozos insolentes y el haber entontecido á miles de muchachas casquivanas. Mi Fermin era valiente sin duda; pero por considerar el valor como el vulgo en España lo considera, solia dar en pendenciero, provocativo y aparecer como procaz é impertinente bravucon; él conocía su defecto y se arrepentía de sus arrebatos; pero criado en esta idea vulgar del valor, se reconocía y se arrepentía siempre, pero rara vez cedía ni se enmendaba, y sostenía su sinrazon con sus puños, teniendo en más ser valiente que racional.

Cuando la pareja de arrogantes bayos húngaros nos quitaron de delante de los ojos aquella tan desparejada pareja de seres humanos, Fermin no volvió á acordarse del hombre, sino de la hembra á quien por mujer tenía; y excitado su cerebro por el Aloulin-á-vent y el Sillery, llegó hasta creerse paladin libertador de aquella hermosura; que, segun él, debía de vivir en poder de aquel jorobado, como una dorada luciérnaga enredada en los hilos de la tela de una araña. Yo ví que sería inútil pretender traerle á la razon y hacerle reflexionar sobre lo mal hecho y lo mal dicho por él hasta que hecha la digestion y libre su cabeza de vapores, pudiese escuchar y reflexionar en calma mis amistosas, justas y claras observaciones; pero no había remedio: á las doce del día siguiente era forzoso que Delmas y yo fuéramos á casa del jorobado á darle satisfacciones por Fermin, ó á pedirle su hora y sus condiciones.

Tomamos café, paseamos, llegamos hasta la medianoche en un jardin público, y nos despedimos en el boulevard, á la esquina de la Chaussée d'Antin, en cuyo número 36 vivía yo entonces, y sólo al despedirme dijo Fermin dándome la tarjeta del jorobado: Ha sido una impertinencia mía; pero no hay modo de volverse atras; toma, y no olvideis de ir á las doce en punto.

- Antes iré yo á hablar contigo - le dije.

– Es inútil—me contestó— me levantará tarde; yo sé lo que he hecho; pero quien tal hizo, que tal pague; yo obro siempre de mi cuenta y riesgo.

Y con un apretón de manos echó por el boulevard, dejándonos poco menos que plantados.

Delmas, que contra su costumbre había permanecido con nosotros hasta tan avanzada hora, se despidió de mí diciéndome: " Yo abreviaré mi visita , y á las once y media vendré á buscar á Vd. con un carruaje; pero si su compatriota de Vd. no piensa dar excusas, haria mejor en madrugar é ir á la sala de Grissier á hacerse un poco la mano.

– Mi amigo es fuerte y diestro-le respondí.

- Supongo— dijo Delmas— que su atrevimiento se apoya en su fuerza, ó en su destreza; pero yo tengo mucho miedo á los jorobados, y este tiene una mirada que me fascina.

– Yo veré mañana si convenzo á Fermin y le traigo á la razon. Si no...

– Me pesará en el alma- exclamó Delmas dándome las buenas noches.

Pero no lo fué la mía. No se cómo la pasaría Fermin: probablemente de un sueño; porque su juventud y su robustez, y lo poco en que tenía al jorobado, cuya estatura era naturalmente poco aventajada, harían que la materia dominase al espíritu, y las cosas de la vida toman la forma de la luz á que se las mira. Yo soñe toda la noche con el conde de N., y me vesti casi a] amanecer como si hubiera sido yo quien con él estaba expuesto á batirse; y tan cabizbajo me tenía el pensar en el jorobado, que cuando á las nueve de la mañana me aboqué al día siguiente con Fermin, despertándole, dijome este riéndose:

– Pero, hombre, desde que tenemos negocio con el jorobeta parece que te va á salir á tí una joroba.

Lo cual me hizo comprender que él tambien pensaba, á pesar suyo, en el jorobado conde de N.

No le pude convencer de que su insolencia para con éste habia sido tan excesiva como inmotivada; de que el punto en que se hallaba nuestra comida cuando aquél entró en el gabinete , y la primera botella Mouliu-á-vaizt ya vacía sobre la mesa, podían ser, y eran efectivamente, un motivo muy fundado, si no muy decoroso, en que basar una explicacion; el conde parecía un hombre de clara inteligencia, de esmeradísima educacion y de bastante mundo para no comprender nuestra lealtad á la primera palabra, sin dudar de su valor; yo hablaba el francés y el conde el castellano con suficiente correccion para no interpretar mal ni tomar una palabra por otra; y en fin, que era más racional, más digno de seres inteligentes reconocer

una falta y corregir una torpeza, que exponerse á morir como un conejo en un asador por sostener una sinrazon.

Escuchóme Fermin sin pestañear, y respondiíme tranquilamente:

— Todo eso me lo he dicho yo ya á mi mismo: Pero podría volver á Navarra, ni me admitirían en mi regimiento cuando otra vez nos volvamos á levantar en las provincias, si se supiera que yo había dado satisfacciones sin batirme. A lo hecho, pecho; es el insultado: es posible que este prevenido para casos como este, si insiste en eleccion de armas y derecho á condiciones, acéptalas todas sin vacilar; yo no soy ningun ñoño, y tengo dos puños de jugador de pelota; le cansaré, le desarmaré, le aturrullaré, y á la primera ocasion de interrumpimos, haré y diré todo lo que tú quieras; y tú lo dirás por mí, que sabes hablar francés, porque en castellano ni yo diría más que una barbaridad, ni te aguantaría probablemente lo que dijeras, aunque fuera en unas décimas como las de don juan á doña Inés.

Convencido de dos cosas: primera, de que efectivamente el valor es un exceso de miedo, y segunda, de que el miedo de Fermin á que dijeran que se había dado satisfacciones era mayor que el que tenia á ser atravesado como una chocha por el jorobado, dejé á mi terco navarro que tomase á envolverse en las sábanas de su cama, donde yo le sorprendi y de donde no había salido, y le dejé volver á arrebujaarse en ellas, mientras yo iba á realizar un pensamiento que me acababa de ocurrir.

IV

Desde el hotel en que Fermin se alojaba en la calle de Choiseul hasta la plaza de la Bolsa, en donde tenia Grissier su sala de armas, no había más que cuatro calles que atravesar. Grissier, el profesor de esgrima más prudente, más moderado y ménos pendenciero del mundo, decía que "él enseñaba á los hombres á matarse para enseñarles á respetarse." Casi nunca se había verificado un desafío en el cual hubiera él sido padrino de uno de los combatientes; sus razones eran más fuertes que sus estocadas, y más útiles y oportunas que su más poderoso desarme.

Conocia el juego, la escuela, el secreto y el flaco de todos los tiradores conocidos en Europa, porque todos habían pasado por su sala; y prevenia á sus discípulos contra todas las estocadas bajas de la escuela italiana, los deslumbradores y teatrales ataques de la estudiantil berlínesa, y las peligrosas y estudiadas estratagemas de los espadachines.

Conocíale yo por haber asistido algunos meses á su escuela, con recomendacion del dueño del tiro del Bois de Boulogne, M. Pirmet, y él casi no quería conocerme, porque la debilidad de mis brazos y mis piernas sietemesinos, y la viveza ratonil é irreflexiva de mi imaginacion, me vedaban hasta el derecho de pensar, sin deshonor de su escuela, en darme por su discípulo.

Expúsele mi caso, presentéle la tarjeta del conde N., y

tomándome equivocadamente por su provocador, me dijo tristemente leyendo su nombre escrito en ella: "A Vd. no es hombre de tener pié tres segundos enfrente de él: déle Vd. satisfaccion."

Manifestéle el error en que caía: díjele las cualidades de fuerza y de conocimiento de las armas de mi amigo, que era militar; y despues de escucharme con atencion y de meditar un momento, me dijo: "su parte de Vd. es mala; la razon está de parte del conde y de no satisfacerle, no respondo del resultado. No puedo dar armas contra el conde; pero prevenga Vd. á su ahijado, si es tan fuerte de muñeca como Vd. me dice, que procure no perder un instante de serenidad, ni una pulgada de terreno y cansar á su adversario; y Vds. sus padrinos estén muy ojo avizor para interrumpir el duelo al primer lance dudoso ó discutible que se presente."

Vi claro como la luz del Mediodía, que ya se acercaba, que Grissier no quería hacer ni decir nada contra el conde N. , ó por tener éste la razon toda, ó por no exponer á un francés á merced de un español, cuya escuela, fuerzas y persona no conocía. Salí, pues , más receloso y preocupado de lo que había entrado en ella, de la casa de Grissier, y corrí á encontrar á Delmas, que ya me esperaba en la mía. Minutos despues de dar las doce en todos los relojes de París, nos apeábamos de nuestro simon ante la verja del jardin en que se elevaba aislado en el barrio de San German, el hotel-palacio del conde de N. Dimos nuestros nombres, é introducidos en un saloncito del piso bajo, nos encaramos con dos caballeros de mediana edad que, al parecer, nos aguardaban en él.

Saludámonos fría y ceremoniosamente; y yo, á quien correspondía exponer el primero el objeto de nuestra mision, dije que siendo el señor conde el ofendido y el provocado, á pesar de ser él el primero en presentar su tarjeta y precisar la situacion, nuestro ahijado le dejaba el derecho de imponer, aceptándolas sin restriccion, todas sus condiciones.

— En ese caso— dijo el mayor de aquellos señores, en cuyas patillas negras blanqueaban ya no pocas y acaso prematuras canas— he aquí las condiciones usuales del señor conde: el florete de combate ó la espada de ceñir, hasta la rendicion, el desarme, ó la muerte suya ó de su adversario. El señor conde proponía tambien el sable; pero teniendo en cuenta nosotros, sus padrinos, a la ventaja del brazo y la estatura de M. Fermin sobre las del señor conde, y creyendo ademas que siendo el sable un arma de caballería, y no estando ya en uso los duelos á caballo, como en la Edad Media, no debíamos proponerlo, nos atrevemos á suprimido,

Dimos Delmas y yo nuestro asentimiento con un está bien, y continuó diciendo el caballero francés de la barba gris:

— Si del duelo á espada quedase uno ó ambos fuera de combate, pero no satisfecho, se verificará, cuando hubiere lugar, un segundo duelo á pistola: una en cada mano, treinta pasos de distancia, y marchando uno sobre otro, á tirar á discrecion.

Volvimos á dar Delmas y yo una señal de asentimiento con la cabeza, y concluyó el buen caballero francés de esta manera:

— Pero hay una circunstancia que ignoro aún cómo podrá influir en el ánimo de Vds. y cambiar el aspecto de nuestra situacion. El señor conde ha vivido en Bilbao, Pamplona y Barcelona como cónsul de Francia, y allí ha sido amigo, tenido negocios y recibido favores del padre de M. Fermin; y al reconocerle por su tarjeta, si éste se aviene á una explicacion con el señor conde y á recibir de el, en nombre de su señor padre, una leccion de educacion, á la que tan groseramente ha faltado con él, el señor conde se dará por satisfecho y ofrecerá su casa y su amistad al atolondrado hijo de tan respetable padre.

Hubiera yo dejado de ser de la tierra nuestra, si no me hubiera dejado llevar del espiritu farfanton de mi bocon sevillano. Había ido á buscar un medio de impedir el duelo, por su intervencion, á casa de Grissier, y ahora que aquel caballero me lo ponía como en la palma de la mano, tome la cortesía, y tal vez la gratitud, por miedo; y más ciego, más imprevisor y más temerario que Fermin, eché á éste de cabeza en aquel berengenal, poniéndome en pié y diciéndole con desdeñosa sonrisa: ¡Nuestro ahijado es ya mayor de edad y no se avendrá á recibir lecciones de nadie, ni á permitir á nadie tomar el puesto de su padre. Sólo nos resta saber el día, la hora y el sitio.

Pusiéronse tambien en pié los dos caballeros franceses, y con la dignidad de quien está en su derecho: y con una espartana concision, dijo el que había llel vado la palabra: Mañana, á las ocho, bosque de Vincennes.

Y nos despedimos de los padrinos del Conde jorobado, y dimos al cochero las señas del hotel de Fermin.

Al contarle yo á éste las justas observaciones del francés sobre el desafío á sable, las tremendas condiciones del segundo duelo á pistola, y la facilidad del conde en darse por satisfecho de la injuria del hijo, por respeto al padre, cayó, como yo, en el error de tomar la cortesía por miedo; y yo, creyendo sandiamente haber hecho una hombrada, le precipité á concebir una barbaridad, que formuló en esta estúpida frase: "¿Con que en el lugar de mi padre quiere ponerse? Mañana voy á ponerle yo en el de mi perro. Ya verá quién es el hijo de mi padre.

V

Ignoro lo que en aquel día hizo Fermin, tenía yo que acompañar y despedir á una familia que se volvía á España con el correo de aquella noche, y sólo le vi un instante en el café Napolitano para acordar la hora en que iríamos á buscarle á la mañana siguiente Delmas y yo. Era el 23 de junio, verbena de San Juan en nuestra pátria, y Fermín se me escapó, diciéndome que iba á celebrar un recuerdo de la fiesta nocturna de España con una reunion de españoles, donde irían los Ciebras con sus guitarras y unas muchachas andaluzas con palillos y pandereta.

Yo comprendo cómo se baila y se bebe una noche, para aturdirse y olvidar que se bate uno á la mañana siguiente; pero no comprendo que teniendo que batirse á las ocho de la mañana, se baile la noche anterior, á peligro de llegar al terreno insomne y fatigado.

Junio es para mí el mes más alegre y poético del año; es el mes de las verbenas y de los holgazanes; tiene tantas fiestas como días, y tantas vigiliass como noches; tantas supersticiones como aniversarios, y tantas leyendas como verbenas; es el mes de los buenos augurios y de las esperanzas para las muchachas, y el de la cosecha para los libertinos; es el mes de las primeras frutas que calientan la sangre; de las moriscas albahacas que excitan los sentidos, y de las tradiciones que exaltan el cerebro; no recuerdo quien cantaba allá en un pueblo de Castilla: Tiene Junio tres verbenas que empiezan con San Antonio; y son tres noches muy buenas para dar gusto al demonio, comprar un saco de penas y hacer un mal matrimonio. Y no recuerdo tampoco quién cantaba, bajo el emparrado de la puerta de un cortijo de Andalucía: "Junio es un mes de infortunio; palabras que en el se dan vienen con San Juan en Junio y con San Pedro se van. Junio es para mi el mes de los recuerdos y de los delirios; paso sus noches soñando venturas en exaltación nerviosa, y sus días en recordar aventuras pasadas, sumido en una especie de perezoso letargo; pero ¡ay de mí! siempre en Junio me ha sucedido alguna desgracia, ó me ha dejado su hez amarga en el corazon algun desengaño; en Junio se verificaban los exámenes en la Universidad, y yo salía de ellos como un pollo que se cayese en una caldera de agua caliente; y en Junio, en fin, se casó con un escribano la primera mujer á quien amé.

Y un 24 de Junio, á la seis de la mañana me presenté en casa de Fermin en un coche, en el cual nos empaquetamos á las siete Delmas, Fermin y yo con una caja de pistolas y dos espadas de combate, tomando rumbo al bosque de Vincennes. Delmas, que era hablador de suyo y cuya conversacion era siempre viva, chispeante y pintoresca, como que sabía mucho, iba callado y sombrío en la banqueta delantera al lado de la caja de las pistolas, colocado entre los piés un estuche de cirugía, y á su espalda tendidas las dos espadas.

Fermin parecía soñoliento, y casi aún no despierto, y yo me dejaba arrastrar inconsciente contemplando los árboles, entre cuyas hojas revoloteaban cantando alrededor de sus nidos los inquietos pajarillos y las brillantes gotas del rocío que comenzaban á evaporarse en las puntas de las ya crecidas yerbas.

Yo no sé por qué el día de una desgracia y los momentos antes de cualquier catástrofe, me ha presentado siempre la naturaleza un bello y tranquilo espectáculo que contemplar: siempre en los momentos de supremo pesar ó de inminente riesgo por que ha pasado mi descarriada existencia, Dios se me ha presentado á través de uno de los más risueños cuadros de su maravillosa creacion; pero yo no he sido nunca más que un

poeta; y mis alegrías y mis tristezas, mis creencias y mis errores, mis desventuras reales y mis ilusorios deleites, las agonías de mis desesperaciones y las fortalezas de mi fe, han brotado todas como vapores fantásticos y perfumados de la superficie tranquila de mi imaginación poética: que es un lago transparente y sereno, circundado de flores y follaje, donde la luz del cielo refleja siempre la faz de Dios. He aquí por qué en todas las situaciones difíciles de mi vida camino yo al peligro en la vaguedad inexplicable, casi estúpida, de quien no puede jamás formarse idea cabal de lo que le pasa, del que vive sin conciencia de la vida real, en la divagación y el delirio de la existencia de los países imaginarios de la leyenda, la tradición, la fábula y los romances; de la poesía, en una palabra.

Haría ya seis minutos que dejaba nuestro cochero ir sus caballos sin apurarlos, avanzando por uno de los caminos abiertos á través del bosque de Vincennes, esperando orden de dirección ó de parada, puesto que por los efectos que nos había visto colocar en su vehículo, no podía ignorar á lo que íbamos, cuando un jinete que en una hermosa yegua alazana por la misma calzada que nosotros íbamos nos precedía, se acercó á la ventanilla derecha, á la cual me había yo asomado para admirar la esbelta bestia en que cabalgaba; y tocando con su mano derecha el ala de su sombrero, me dijo inclinándose sobre el cuello de su dócil cabalgadura "Suponiendo que como extranjeros podían ustedes no ser prácticos en este lugar, he tenido la previsión de constituirme en su guía."

— Mil gracias- le contesté — y dí orden de que le siguiera á nuestro impasible automedonte. El jinete era el más joven de los dos caballeros con quienes habíamos topado en casa del conde el día anterior.

Aquí, Fermin, como sacudiendo su importuna modorra, exclamó:

— Diablo, que callados habeis venido! Yo vengo muerto de sueño, porque el vino era de Jerez, las muchachas de Málaga y una carta que he escrito á mi padre para que me la echen hoy al correo diciéndole que estoy bueno, me han impedido dormir más de tres horas; pero este aire de arboleda me despeja, y ya estoy listo: ¿aparece ya por ahí mi jorobeta?

Fermin no había comprendido las frases francesas á mí dirigidas por el de la yegua; pero era claro que había comprendido la situación.

— No — le dije — ese caballero es uno de sus amigos; probablemente de sus padrinos.

— Que traiga con él muchos ó pocos no me importa; pero sentiría que hubiese dado á la policía el ¡quién vive!

— Creo — le contestó Delmas —que podemos estar sin cuidado sobre ese punto; yo he tomado ayer mis informes, y el jorobado no tiene torcido más que el espinazo; el espíritu lo tiene recto.

— Me alegro — dijo Fermin.

Y de lo dicho saqué yo esta doble consecuencia: que Fermin seguía pensando mal del jorobado, por lo que ha dado en llamarse espíritu nacional, ó por recelo de bravucon, y que Delmas, por el primer motivo, defendía y ponía en buen lugar á su compatriota; todo lo cual encontré yo perfectamente en el carácter de los países á que pertenecíamos.

El carruaje se detuvo; abrí la portezuela y saltamos los tres á tierra; Fermin se apoyaba en una rica caña de Indias, y echó una mirada alrededor como buscando algo; como en respuesta á aquella mirada, dijo el caballero francés: "aún no son las ocho," y mostró su reloj que marcaba las ocho menos nueve minutos.

— Hemos venido antes, dije yo atajando á Fermin, que iba á decir, sin duda, alguna inconveniencia, por si un extravío nos hacía perder tiempo.

— Así lo he comprendido; y el Sr. Conde será exacto.

- ¡Como no lo sea!... exclamó Fermin.

- Tomaré yo su lugar para que Vd. no espere, le dijo con altivez é interrumpiéndole el caballero francés.

Ahogué la palabra en los labios de Fermin con una mirada, y Delmas con el anuncio de un carruaje que se acercaba por la avenida al trote resuelto de sus dos caballos.

Volvimos todos la cabeza; era un coupé negro, que arrastraban los dos bayos húngaros. Apeáronse de él, á la vera de la calzada, primero nuestro conocido de ayer, el de la barba gris, y tras él el Conde: un lacayo sacó del coupe dos espadas y una caja de pistolas, y encaminándose hacia nosotros, se alejó su carruaje, llevándose tras sí al nuestro.

Y aquí pasó algo tan difícil de contar como fácil de comprender, teniendo en cuenta el carácter, la tierra, la posición y las opiniones de mi Fermin.

El Conde, vestido de negro, estaba muy pálido, y nos pareció muy preocupado, al saludamos tan cortés ¿ como secamente; y tomando el de la barba gris la direccion de la escena: Internémonos un poco más, nos dijo; cerca hay un recodo sin veredas, donde nadie nos podrá ver ni venir á interrumpirnos. Y echando adelante y siguiéndole el de la yegua con las espadas y la caja, echó tras ellos el Conde, Fermin tras este, y Delmas y yo, con nuestras armas, tras de Fermin: y he aquí lo difícil, pero inexcusable de narrar.

Caminaba el Conde un paso delante de Fermín, haciendo á su pesar y por su propio descuido la mala figura que hace siempre un jorobado, visto por la joroba: y Fermin, cediendo á una de esas diabólicas tentaciones, á que ceden desdichadamente los

valientes fanfarrones de nuestra raza, tuvo la malhadada ocurrencia de apoyar su caña de Indias en el mollar del antebrazo derecho del jorobado, y empujándole hacia la izquierda, la pasó rápidamente sobre su cabeza, deteniendo el impulso que le había impreso apoyándosela en el mollar del brazo izquierdo, como hacen los muchachos con el palo y el dominguillo. El jorobado se cernió de derecha á izquierda y recobró su equilibrio, obedeciendo al impulso y á la repulsión de la caña de Indias; pero ni volvió la cara, ni dijo palabra, como si lo que le hubiera tocado hubiera sido la rama salvaje de algun arbusto de exuberante vegetación.

Yo sentí la paralización del asombro, invadir mi cuerpo; Delmas se pasó la mano por los ojos, como para quitarse algo de ante su vista; y dando en esto vuelta á un grupo de árboles, entramos en una especie de glorieta entre ellos naturalmente abierta y oculta.

Era un círculo informe de veinticinco á treinta pasos de diámetro, cercado, á propósito ó por descuido, de espesa e inculta maleza.

Su suelo, á pesar de la perpetua sombra en que el alto arbolado le conservaba, era duro, seco y escaso de menudo césped; lugar, en fin, sin igual para lo que se le había buscado. Los caballeros franceses, colocados á la izquierda, formaron grupo, teniendo tras ellos al Conde, pálido, sombrío y con los ojos constantemente bajos; y así midieron y prepararon sus armas.

Hicimos otro tanto Delmas y yo, teniendo á nuestra espalda á Fermin, derecho, erguido y con los ojos fijos con desdeñosa sonrisa en el grupo enemigo. El de la barba gris trazó en el suelo una línea que partía el terreno. Colocó una espada á la derecha y otra á la izquierda, delante y detrás de la línea, después de habérmolas dado á reconocer: y dijo: "Cuando Vds. gusten." Despojóse el Conde de levita y chaleco y se adelantó hacia la línea tomando su arma, haciendo Fermin lo mismo. Al alzarse el Conde, cuadróse, mostró su pecho desnudo, alto y deforme de esternon, abrióse para que Fermin midiese su espada y se colocase á distancia; hízolo Fermin noblemente, y cuadrándose á su vez, se abrió y mostró desnudo su pecho de Anteo y sus brazos de Hércules. Tendióse el Conde á medir su arma, y tocó, tal vez por descuido, la camisa de Fermin sobre la carnosidad interna de la tetilla derecha.

¡En guardia! dijo el de la barba gris; y al caer el Conde con una precisión intachable en la guardia de Grissier, con su brazo izquierdo atrás, su cabeza erguida y sus ojos clavados en los de Fermin, el jorobado sufrió una trasfiguración: yo creí que la joroba se le había metido en el pecho, y al ver su tranquila inmovilidad y su imperceptible sonrisa, surgió en mi cerebro, sin que la redujera á palabras, esta idea: "Fermin es muerto.". Atacó éste con una impetuosidad y una rapidez que amenazaba poner en un minuto fin al combate, que fué ni visto ni oído, cinco golpes y cinco paradas: á la sexta dijo el Conde ¡touché! y se enderezó, parando con una expulsión la

sétima estocada de mi amigo. Un hilo de sangre corría del pecho de Fermin en el mismo sitio en que tocó el Conde al medir su florete. Pasóse Fermin la mano izquierda por la herida y diciendo nada, pero rojo como un apoplético, dió un paso adelante para colocarse en su lugar.

– ¿Nó satisfechos? preguntó el de la barba gris.

– No, respondió con rabia Fermin.

– No, dijo con calma el jorobado.

- En guardia, volvió á decir el francés extendiendo su brazo derecho entre los dos.

– Volvieron á caer en guardia, bajo su extendido brazo, y gritando ¡en avant! y retirándole con presteza, volvió á suceder lo mismo; tres estocadas furiosas, tres paradas inquebrantales, otra expulsion del jorobado; otra voz de ¡touché! como si estuviera en la sala de armas, y otro hilo de sangre en el pecho del casi ebrio de ira Fermin. Delmas y el caballero de la barba gris se metieron entre los dos combatientes: yo no sabia lo que me pasaba y permanecí inmóvil; sentía frío, tenía miedo.

– ¿Todavía no? volvió á preguntar el francés.

– No, no, dijo el navarro como respondiendo por sí y por el otro.

¡En guardia! ¡En avant! Y se vino Fermin ciego sobre el Conde. y no sé lo que pasó: no lo ví; creo que no lo miré; creo que cerré los ojos. Sentí cuatro golpes de hierro con hierro; el silbido chirreador de una expulsión ó una finta; un estertor de esfuerzo del Conde y una blasfemia del español.

Cuando me arrojé, instintivamente, sobre este, Delmas le sujetaba ya por el brazo izquierdo, y los dos franceses estaban interpuestos entre él y el Conde, que tenía en la derecha su espada, y en la izquierda la de Fermin. Este no podía ni hablar, ni respirar; rugía;

– ¡Que me mate! – y los cuatro le sujetábamos.

El Conde tiró las espadas, fué á coger la caña de Indias de Fermin, y trayéndola en la izquierda, se le puso delante, y mientras él rugía, dijo con una dignidad que nos subyugó:

– Tenedle, y que calle para oirme: y marcándoselas con el índice de la mano derecha, siguió diciendo al trastomado Fermin, que cesó de ahullar: – ¡que me mate! para oirle estas palabras:

– Por cualquiera de estos dos puntazos ha podido entrar la muerte; y esta caña debía de romperse en tu rostro (y la rompió en su rodilla); pero yo debo la vida á tu padre, y no he querido matarte hoy, que es día de su santo.

Dentro de ocho, si no has venido á pedirme perdon, escribiré á tu padre lo que conmigo has hecho, y nos volveremos á batir á pistola; pero no podré detener la bala, como he detenido el florete.

Tomó el jorobado su levita; perdió Fermin el sentido, y desaparecieron los franceses, arrebatados en el coupé negro por el trote tendido de los bayos húngaros.

Nuestra situacion era comprometida á más no poder.

Fermin había perdido el conocimiento en un paroxismo de cólera y de vergüenza: Delmas temió que al volver en sí le afectara el cerebro la apoplejía ó la locura.

No podíamos permanecer en aquel sitio, con aquellas armas al lado, sin arriesgarnos á dar irrernisiblemente con impertinentes curiosos ó con gendarmes y polizontes, á los cuales no podríamos dar explicacion alguna, que no pareciese un arbitrio premeditado para impedir el segundo duelo, si la terquedad insensata de Fermin, á quien ya no podíamos abandonar, nos arrastraba á verle morir en él. Delmas no quería separarse del navarro, para no perder el más mínimo pormenor de la manifestacion vital cuando en conocimiento volviera; ni yo me resolvía á dejar solo con él á Delmas, por si esta manifestacion se verificaba bajo la influencia de un trastorno cerebral.

No era fácil, por fin, conducir en hombros hasta el carruaje á un hombre tan corpulento como Fermin, y las malezas nos impedían ver y llamar por señas á nuestro cochero, á quien no era posible llamar á gritos, sin que otros que él los oyeran. En estos angustiosos momentos, sentimos con terror pasos de alguien que, dando la vuelta al recodo, penetraba en la escondida glorieta en que nos hallábamos; mas mi angustia se cambió en satisfaccion al reconocer al de la yegua, que con su lacayo acudía en nuestro auxilio; tal vez más por afan de sacar de compromiso al Conde su ahijado, que á nosotros de nuestro atolladero. Como quiera que fuese, el caballero francés, Delmas y el criado cargaron con Fermin, y yo con las armas y el estuche de Delmas; y con él y con todo, dimos en nuestro coche; cuyo cochero tenía de las bridas la yegua y el caballo de nuestro ayudador y de su criado.

Arreglámonos nosotros en nuestro simon, cabalgaron amo y criado, y con un silencioso saludo, partimos de vuelta á París. El movimiento del coche hizo volver en sí á mi compatriota, de cuyo rostro no quitaba Delmas sus ojos. Abrió Fermin los suyos, mirónos un instante con vaguedad, aspiró y respiró como si sus pulmones tuvieran la fuerza y necesitaran el aire de un fuelle de fragua; sentóse á plomo, miró y compuso su camisa y su corbatin, buscó y vistióse su levita, que se abrochó hasta el último boton; y comprendimos que conforme iba componiendo su exterior, iba en su interior dándose cuenta de la situacion, con tan poco desconcierto suyo como asombro de Delmas y mio; que seguíamos contemplándole y esperando en silencio la manifestacion de sus ideas por sus

primeras palabras.

Pero los valientes son poco más que bestias brutas: creen que la ferocidad es antes que la dignidad humana, y que matarse es más digno que reconocerse. Mi Fermin, estirándose los puños y frunciendo las cejas, dijo; "La cólera me ha cegado á mí como su destreza le ha valido á él; pero aún hay ocho dias para ir mañana y tarde al tiro; lo que siento es haber perdido el sentido delante de él, no sé cómo; pero si ha creido u que fué de miedo, ya se convencerá de que no lo u tengo. Delmas y yo callamos, por no saber qué decirle: él, despues de mirar por las ventanillas, como para reconocer dónde se hallaba, miró su reloj, y arrellanándose en su rincon, nos dijo: "Lo que tengo es sueño: he pasado tan alegre noche como triste mañana; y cruzó los brazos y cerró los ojos, dejándonos estupefactos.

Durmiera ó no, no dijo palabra más. Al cruzar la barrera, ví al jinete de la yegua, que allí acaso nos esperaba por si los guardas fijaban su atencion en nuestro coche; pero ya porque por él con ellos estuviéramos abonados, ó porque nada ellos de nosotros recelaran, entramos en París sin percance ni detención, hasta casa de Fermin, en la calle de Choiseul.

Apeóse Fermin, diciéndonos: No os incomodeis: mañana hablaremos; hoy tengo necesidad de dormir; y nos volvió la espalda.

Delmas y yo tuvimos en casa de éste una larga conferencia, de la cual resultaron las conclusiones y decisiones siguientes:

1. Que Fermin, avergonzado de su vencimiento y humillacion despues de sus arrogancias, no quería hablar más de lo pasado.

2. Que ciego por las preocupaciones y las absurdas teorías de los valientes sobre el valor y el honor, prefería hacerse matar por el jorobado á darle satisfacciones; pero que reconociendo en conciencia la razon y el derecho en aquel, y no queriendo reconocer que debia la vida á su destreza y generosidad, iba á preferir exponerse por segunda vez á que se la quitaran de un pistoletazo, por temor á que los valientes le tuvieran en menos, por dar satisfaccion noblemente á quien estúpida, brutal e injustilicadamente había ofendido y provocado.

3. Que no siendo decoroso que nosotros, padrinos de Fermín en su primer duelo, le abandonáramos en el segundo; que no debiendo tomar nosotros la iniciativa para explorar las intenciones del tan diestro y prevenido como altanero y jorobado Conde, ni meternos en los secretos de interes ó de amistad que entre este y el padre de Fermin existiesen, ni á tomar por nuestra cuenta el papel de mediadores en favor del Conde contra nuestro ahijado, lo mejor era que yo escribiese claro lo acontecido al padre de Fermin y él tomase la determinacion que mejor le pareciere; si las circunstancias y el curso natural del negocio le daban tiempo para venir á París, escribir al Conde, á su hijo, ó á los dos. Ó plantear, en fin, la cuestion sobre la base que más le conviniera.

4. Que ni Delmas ni yo procuraríamos abocarnos con Fermin si éste no nos llamaba, y dejaríamos correr el tiempo y los sucesos, hasta que el padre nos contestara ó el hijo reclamara nuestros servicios; como amigos para impedirle, ó como padrinos para llevar a cabo el segundo duelo á pistola propuesto por el jorobado.

En consecuencia de cuyos acuerdos, Delmas se fué á sus visitas y yo á mi casa á escribir al padre de mi amigo. Dile en mi carta cuenta exacta de los hechos, sin atenuaciones de las demasías de su hijo ni exageracion de los derechos que asistían y del miedo que yo tenía al jorobado, y dándole las señas del palacio del Conde, de la habitacion de Fermín y de la mía, eché al correo la carta y me volví al alcázar moro de Granada á vagar por él con la sombra de la enamorada Moraina de mi poema; en cuya fantástica y deleitosa ocupacion se me pasaron siete días, sin acordarme del mundo real ni de los azares de mi terrena existencia.

VII

El 1º de Julio, harto de trabajar y ganoso de movimiento, aire y distraccion, tomé un coupé de remise, y me hice llevar al Bois de Boulogne, con el objeto de perderme y cansarme en aquellas arboledas, para descansar después, comiendo en alguno de sus kioskos, consagrados por las modernas costumbres en pequeños templos de alegría pagana y de católica gula. Eran las cinco de la tarde: despedí mi carruaje á la entrada de las alamedas, y me eché por entre los árboles buscando en el ejercicio, aire y apetito. Al dar la vuelta á un ángulo formado por dos caminos que se cruzan, sentí los pistoletazos del tiro de Pirmet; entré, más que como tirador curioso, como amigo de Pirmet para saludarle, y dí al entrar con las espaldas elevadas y robustas de dos amigos; es decir, de un amigo y un enemigo en quienes no pensaba: el amigo era Fermin, y el enemigo el contrincante con quien el sostenía una apuesta en aquel momento; un Polaco emigrado que me había metido una vez el resuello, corrigiéndome veinticuatro tiros y ganándome veinticuatro luises, además de humillar mi amor propio de tirador; destreza de que entonces tenía la necesidad de vanagloriarme.

El Polaco me propuso partir doce balas, tiro tan vulgar como vistoso: parti yo todas las mías; pero pesadas y medidas las mitades de nuestras balas, él partió todas las suyas más por mitad que yo: me dió otras doce de revancha, y volví á no errar un tiro, pero á perderlos todos por corregírmelos él; con lo cual sentí yo no poderle meter en la cabeza la bala del tiro veinticinco— ¡tal me sentía de quemado! -- Y cuando me dijo con sorna, embolsándose mis monedas: "Tira Vd. muy bien," le respondí con despecho: " Veinticuatro luises gana Vd. por saberlo; y le volví la espalda, y no le había vuelto á ver. Con este Polaco hallé empeñado á mi amigo Fermin; y el Polaco, que alcanzaba una elevada estatura, era tan cargado de hombros, que bien podía dársele por jorobado.

Cuando entré yo, acababa el Polaco de hacer con Fermin lo que conmigo había hecho hacía dos meses; y Fermin acababa de proponerle la revancha con las nueve balas colgadas á nueve distintas alturas, que era el tiro de Valleras, y que yo le había enseñado.

Embebecidos él y el Polaco en su apuesta, y yo inmóvil por la sorpresa del encuentro, permanecí mudo y desapercibido espectador entre los varios que allí encontré. Tiró el Polaco y casó ocho balas: erró, y dejó colgada la novena y comenzó á tirar mi Fermin, y yo llevaba el alma en sus nueve balas, como si en ellas fueran con mi honra y la del pabellon español, mis veinticuatro luises perdidos dos meses antes. Casó las cinco primeras, la sexta, la sétima, nadie respiraba: casó la octava.

Al servirle Pirmet el arma para la novena, se le disparó la pistola: quiso el Polaco por tal azar igualar la partida y turbar al tirador; pero Pirmet y los circunstantes se pusieron de parte de Fermin, quien sin discutir ni alterarse, colocó el cuerpo sólida y rectamente, recogió con firmeza su brazo, dobló lentamente la muñeca, y apuntando con calma, se llevó la novena bala entre el aplauso de los franceses, para quienes el Polaco era poco simpático, y mis brazos que le ceñí por la cintura.

Recogió su dinero, saludamos á Pirmet, y trabamos, saliendo, Fermin y yo el siguiente diálogo:

- ¿Has comido, Pepe?
- Pensaba comer aquí.
- Siete días van que aquí como después del tiro:
- ¿De modo que estás resuelto á no dar satisfaccion al Conde?
- Sí; pero nó en Francia.
- ¿Pues en dónde?
- En el otro mundo. Vamos á comer, Pepillo mio. Dar satisfacciones á un francés y jorobado, es echarse encima cincuenta silbas ó cincuenta duelos al volver á España.

Así dijo Fermin llevándome al restaurant; y decíame yo á mi mismo mientras al restaurant nos dirigíamos:

- A ¡Dios mío! ¡Pero qué bestia es la humanidad! ¡El hombre es la única criatura que deshonra á su Criador!

VIII

Comió Fermin como acostumbraba, pero no bebió como solía: mostró el mismo humor de siempre, y habló de las mi y una banalidades de que hablan en París los extranjeros Ociosos, que no van más que á gastar su dinero en ver el París exterior; y ya estábamos esperando el café, y esperaba yo aún que me hablase algo del jorobado: pero ni le mentó. Comprendía yo perfectamente que por lo pasado con el Conde, humillando su amor propio, le repugnara el recordarlo; pero no comprendía que preparándose para él, como acababa de demostrarme su presencia en el tiro, olvidara su segundo duelo, aplazado por el Conde en un término fijo, que iba á cumplirse.

Viendo, pues, que Fermin no la tocaba, determine abordar la cuestion, y lo hice sin circunloquios, diciéndole:

– ¿Y qué hacernos?

– ¿De qué?

– Pues del segundo duelo; si cuentas con Delmas y conmigo, creo que es ya hora de pensar en algo.

– ¿En qué?

– En el jorobado.

– Déjale venir: tomar nosotros la iniciativa tendría visos de provocacion ó de impaciencia; no recibir satisfaccion mia... ya sabe lo que quiere decir.

– Pero, en resumen, le debes la vida, Fermin; dos veces pudo matarte: no creo que te deshonorarás reconociéndolo y si no me mató, fue por consideracion á mi padre; que arregle con él sus cuentas, que no son las mias.

– Las tuyas con él, Fermin, son una serie de insultos tan inmotivados como excesivos: reconocer una falta es nobleza, no cobardía.

– Tú no eres militar: mal hecho está lo hecho por mi; pero no puedo volverme atrás. Déjale venir. El ó mi padre se explicarán.

– ¿Has escrito á tu padre?

– Preguntándole solamente qué hay entre él y el jorobado. Aún no he recibido contestacion, dijo Fermin secamente y mostrando que el diálogo no era de su gusto.

Me guarde muy bien de revelar á mi amigo que tambien había escrito yo á su padre, y que ya me extrañaba no haber tampoco recibido contestacion; pero no me atreví á inquirir más sobre su carta, porque no entrara en sospechas de la mia.

Y tomando el café, volvimos á tomar un coche, y la vuelta de París por la avenida de los Campos Eliseos.

A los dos dias de mi encuentro, comida y conversacion con Fermin, interrumpió mi trabajo la presentacion por mi criado de una tarjeta, cuyo nombre me era desconocido. Salí al recibimiento, donde el portador me esperaba, y reconocí en él al padrino del Conde, el de la barba gris, quien, con su espartano laconismo, me dijo:

– Puesto que han trascurrido los días del plazo, y vuestro ahijado no ha dado al Conde satisfaccion...

– Habrá que proceder al segundo duelo, respondí yo interrumpiéndole.

– Pues nosotros, dijo él, esperamos la aquiescencia de vuestro ahijado, y estamos á las órdenes de sus padrinos.

– Nosotros, respondí con la misma ceremoniosa tiesura con que él había entrado en escena, esperábamos la iniciativa del Sr. Conde; y aunque sabemos que nuestro ahijado está siempre pronto, como es mozo y forastero en París, y no lleva en él una vida muy ordenada, por si no podemos verle en el día, proponemos la entrevista para pasado mañana, á la hora y en el

sitio que el Sr. Conde designe; á no ser que sea tal su impaciencia...

— ¡Oh! no, exclamó interrumpiéndome á su vez el de la barba gris, al contrario; el Sr. Conde esperaba satisfaccion á cambio de su generosidad, y que Mr. Fermin estimara en más la consideracion que el Sr. Conde tiene á su padre. Ha pasado ocho días muy tristes, y asistirá con la mayor repugnancia á su segundo duelo, en el cual tendrá que quedar indudablemente sobre el terreno uno de los dos adversarios.

— ¿Pues por qué no desiste de él? dije yo cándidamente.

Miróme con extrañeza mi interlocutor, y preguntótome al fin:

— ¿Cree usted que quien debe desistir es el señor Conde?

Yo no respondí: decididamente no entiendo ni el del código de los valientes, y comprendí que el valor debe de consistir sin duda en no ceder jamás; pues yo me veía metido entre dos valientes, ninguno de las cuales quería darse por satisfecho, ni confesarse culpado. Fermin, emperrado en matar ó ser muerto por un hombre, á quien deber la vida le encorajinaba más, me parecía un ingrato é indomable gato salvaje ¡y el Conde, que en vez de contentarse con la superioridad, por su noble grandeza adquirida en el primer duelo, se empeñaba en el segundo de tan mortales condiciones, me pareció una pantera sedienta de sangre. Había yo alimentado, casi inconscientemente y sin darme hasta entónces cuenta de ello, la esperanza de que el padre de Fermin, hubiera en contestacion á mi carta escrito al Conde, á Fermin, ó á mí otra que hubiera sido base más ó ménos sólida en que afirmar un arreglo que evitara un desastre; pero no habiéndole llegado á Fermin ni á mí, no osé, aunque tuve la pregunta en la punta de la lengua, arriesgar la más ligera indagacion sobre la que pudiera el Conde haber recibido, y por primera vez me encuentre con profundo disgusto, envuelto y arrastrado á hacer tan desagradable papel en tan mal conducido negocio.

— Mañana, dije al de la barba gris, tendremos el honor de presentarnos en el hotel del Sr. Conde, completamente á su disposicion; y me puse en pié.

No se por qué quise yo ganar un día.

Despidióse el de la barba gris, y no me permitió volver á mi trabajo la inquietud en que me dejó, y el hastío ó el miedo que me causaba el segundo duelo.

Aboquéme con Delmas aquella mañana, y ambos con Fermin aquella tarde, y con los padrinos del Conde al día siguiente: y amaneció, por fin, aquel día por mí tan temido, á las siete, de cuya mañana volvimos á los mismos preparativos del primer viaje para este segundo á Vincennes. Delmas iba cabizbajo, y Fermin fumaba: llegamos al sitio, pero aún no hallamos á nadie; el cielo estaba un poco encapotado; la mañana fresca, y si el objeto de nuestro viaje no hubiera sido el que, era,

hubiéramos podido prometernos un delicioso paseo.

Hicimos alejar el coche, y no apercibiendo la proximidad de alma viviente, nos acomodamos sobre la yerba, afectando la indiferencia de desocupados y madrugadores paseantes, por si había por azar quien apercibimos pudiera. Pero pasaba el tiempo y no parecía nadie; la hora era la de las ocho y el lugar de la cita el mismo; y pasaron diez minutos, y veinte de las ocho, y no acertábamos á darnos cuenta de la tardanza del exacto Conde. Las ocho y media, las nueve ménos cuarto, y nada. Iban á dar las nueve, y Delmas opinaba que habíamos cumplido y que debíamos retirarnos, aguardando explicacion del Conde, cuando un torbellino de polvo, que por el camino real se venía acercando, nos hizo suponer que traía en su móvil nube un carruaje que, corriendo, le levantaba.

A los pocos minutos pararon en firme los bayos húngaros que arrastraban al coupé negro del Conde.

Temble yo, perdiendo la esperanza que el retraso del jorobado me había hecho concebir, y me dispuse á presenciar algo, que me hiciera dormir mal muchas noches y guardar en la memoria para siempre un mal recuerdo y una aciaga fecha. Pero con grande asombro de los tres, vimos apearse del coupé, nó al Conde, su propietario, sinó al padre de Fermin, que era un navarro corpulento, moreno, cano, musculoso y de bruscos modales, pero rebosando en su fisonomía la expresion de la más franca honradez y la inflexible tenacidad de la buena gente de su país.

— Buenos días, dijo con una voz de robusto timbre y poderoso aliento; y dirigiéndose á mí, me apretó las manos entre las suyas, á riesgo de triturarme los dedos, continuando: Gracias por su carta de usted y por haber servido de buena fe á mi hijo en tan infame calaverada; pero ni yo quiero que el jorobado me lo mate, como debe de hacerlo, ni que mi hijo mate á mi mejor amigo, lo que merecería, que yo matase á mi hijo. El Conde no viene: Fermin y yo vamos á su casa, donde nos espera. Vamos, Fermin.

Este dió un paso atrás y comenzó á decir:

— Padre, si es para...

Pero el viejo no lo dejó continuar. Dió hácia adelante el paso que el hácia atrás había dado, y cogiendo con su izquierda la muñeca derecha de su hijo, le asió con la derecha por la garganta, y le dijo con voz serena, pero temblándole la barba:

— ¿Qué idea tienes tú de tu padre? ¿ Crees, miserable, que ya no es en tu casa tu padre la imagen de Dios, ó que no tiene ya puños para obligarte á obedecerle ó estrangularte? . Brotaron á los ojos de Fermin dos lágrimas, tal vez de arrepentimiento, tal vez de ira, tal vez de vergüenza... pero no hizo el mas mínimo esfuerzo de resistencia.

El viejo le empujó hácia el carruaje y en él le metió poco

ménos que á la fuerza; y volviéndose á nosotros y tendiéndonos una mano á Delmas y otra á mí, nos dijo grave y resueltamente.

— Gracias, señores: Fermin no necesita ya más padrinos que su padre. Esta es una cuestion de familia, y mientras yo viva, represento á Dios en mi casa y nadie mandará en ella más que yo.

Subió al coche, cerró la portezuela, y el cochero que había vuelto sus bayos hácia París, se llevó al padre y al hijo, dejándonos á Delmas y á mí estupefactos.

IX

¿Qué lazo, qué interés ó que misterio unían al jorobado Conde con el viejo y vigoroso navarro? ¿Qué pasó en casa de aquél entre el y los dos Fermines? Nunca lo supe. Cuando algunos días despues fuí á visitar á Fermin ya no habitaba en el hotel, había partido con su padre fuera de París. Una tarde del mes de Setiembre, volviendo del hipódromo, ví al Conde que subía por la avenida de los Campos Elíseos hácia el arco de la Estrella en su victoria, con su mujer.

Vióme y saludóme; saludéle, y viendo que mandaba á su cochero quebrar hácia mí, le esperé, y me tendió él las manos, y su mujer fijó en mí sus hermosos ojos con evidente curiosidad.

Díjome él que por los navarros sabía quien yo era, que había comprado mis obras en casa de Baucly para que las leyera su mujer, y me ofreció su casa para el invierno, porque en aquella semana salían para sus posesiones de Normandía. Yo, absorto en la admiración de aquella mujer tan hermosa, pregunté como quien habla consigo mismo:

— ¿Pero esta señora comprende el castellano?

Sonrió el Conde jorobado, y respondiome ella, y el aliento de su boca y el sonido de su acento oreó mi faz con un áura del Guadalquivir, y halagó mi oido con el murmullo de las hojas de los naranjos:

— Como que he nacido en Sevilla, aunque mi familia y mi apellido son alemanes.

Y partió la victoria al trote de los caballos húngaros y yo me quedé diciendo: ¿Quién será esta mujer tan hermosa, y por que será de este jorobado?